

afloja, y entonces se unen los bordes de la sangría, cosiendo con hilo dos ó tres puntos, que bastan para unir la piel.

Sanguijuelas.—Las sanguijuelas deben preferirse á las sangrías si hay inflamación; y si no es posible procurarse sanguijuelas, se echa mano de las ventosas.

Ventosas.—Para este último medicamento basta hacer una escarificación ó sajadura en el sitio donde resida el mal, aplicando una copa chica de licor llena de estopa inflamada. La sangre sale al momento, vertiéndose en la referida copa. Es muy conveniente esquilar bien el sitio sobre que va á practicarse esta operación al animal enfermo, lo mismo que para ponerle sanguijuelas.

Sedales.—En muchos casos es indispensable pasar un sedal á los perros, haciéndolo generalmente en el cuello. Se agujerea, al efecto, la piel, de una parte á otra, con una aguja de ojo á propósito, enhebrada con cinta de hilo blanco. Apenas sale la punta de ésta, se tira al momento de ella, de modo que la extremidad recién untada penetre en el interior del sitio enfermo.

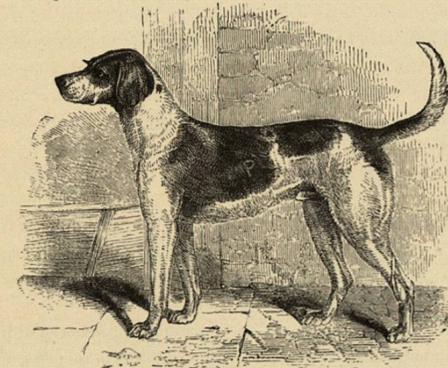
Los unguentos constituyen una de las medicaciones que más se usan para curar los padecimientos de los perros, y así es que creemos de interés el indicar á los cazadores los medios de prepararlos por sí, teniéndolos siempre de reserva y conservándolos al fresco para que no se echen á perder.

Ungüento de altea.—Se toma una libra de aceite de linaza, onza y media de cera amarilla ó igual cantidad de resina y de terebinto, derritiéndolo todo á un fuego regular. Después se cuele en un trapo de hilo hasta quede bien claro y sin ninguna clase de sedimento.

Tomo IV.—Caza mayor y menor

Este remedio se usa como emoliente y como resolutivo.

Ungüento basilicum.—Se hace con cera, sebo de carnero, resina, pez negra y terebinto de Venecia, empleando tres onzas de cada una de estas tres últimas sustancias. Una vez bien derretido y colado, lo mismo que el interior se usa este unguento con buen éxito para hacer que supuren las llagas y las heridas.



Perro setter

Ungüento egipciaco.—Se toman catorce onzas de miel buena, siete de vinagre fuerte, cinco y media de óxido verde de cobre, acetato, ó cinco onzas si es pulverizado, cociendo esta materia con el vinagre, y removiéndola bien en una cacerola de metal blanco. Hecha la mezcla,

se pasa por tamiz y entonces se añade la miel, meneando el líquido con una espátula de madera hasta que adquiere un color rojizo.

Es necesario tener mucho cuidado para impedir que el perro lama este unguento, que sólo se emplea en uso externo. Sirve contra las úlceras caucerosas, roe las carnes fungosas, y es un antídoto eficaz contra la gangrena y la putridéz.



Perro grifo

Ungüento de aceite de laurel.—Se necesita en primer término una libra de bayas de laurel frescas y maduras, que bien machacadas se cuecen muchas horas en el baño de María con una libra de manteca de cerdo, colándolo después en un trapo fuerte.

Este utilísimo unguento sirve para fricciones, con objeto de fortificar los músculos y tendones, resolver humores y combatir el reuma y el dolor en las articulaciones.

Ungüento de la tía Tecla.—Se toma manteca fresca, sebo de carnero, cera blanca, litargirio amarillo

pulverizado, una onza de cada cosa y dos de aceite común. Se derriten las grasas con el aceite, y poco á poco se va echando el litargirio, moviéndolo con una espátula, sin cesar de agitar el líquido hasta que esté frío.

Reconocida se halla la eficacia de este unguento para todos los tumores que se quieran ablandar y hacer supurar. También es bueno contra los cánceres en las tetas y las úlceras malignas. Para aplicarlo se extiende sobre un trapo, y se pone, como si fuera un emplastro, encima de la parte dañada.

Ungüento popúleo.—Se derrite una libra de manteca fresca con una de tallos de álamo negro, dejándola á fuego lento todo un día.

Este unguento se usa contra las inflamaciones y las quemaduras; es resolutivo y calmante, y muy eficaz para curar á las perras la leche agranjada en el período de la cría.

Ungüento de tocino añejo.—El tocino, después de cortado á pedazos, se derrite en una cazuela, y luego se pasa por tamiz. Así que la grasa está á medio enfriar, se le añade una onza de óxido verde de cobre pulverizado, dos de aguardiente y una de esencia de terebinto, moviéndolo todo bien hasta que el unguento tome cuerpo y consistencia.

Es bueno para toda clase de heridas, y mejora mucho en sus condiciones terapéuticas á medida que envejece.

Ungüento para las quemaduras.—Después de retirar cuatro onzas de aceite común con una de cera virgen, se coloca la mezcla en un mortero, añadiendo cuatro yemas de huevos duros, que se batan en el mortero hasta que se traban bien, y queda hecho el unguento.

Se usa aplicándolo sobre la quemadura. » (1)

LA RABIA

Rara vez se manifiesta la rabia espontáneamente, debiéndose en casos tales á causas desconocidas y misteriosas que no hay forma de evitar por lo mismo que son ignoradas. Generalmente la rabia se comunica de unos animales á otros y también á la especie humana, cuya razón mueve á buscar los principales medios preservativos en la disminución del número de los animales que ponen la salud del hombre en tan grave

(1) *Ilustración Venatoria*, núm. 31, año III.—J. M. C.

compromiso, y en la adopción de medidas cuyo objeto sea impedir la inoculación del virus por medio de sus mordeduras.

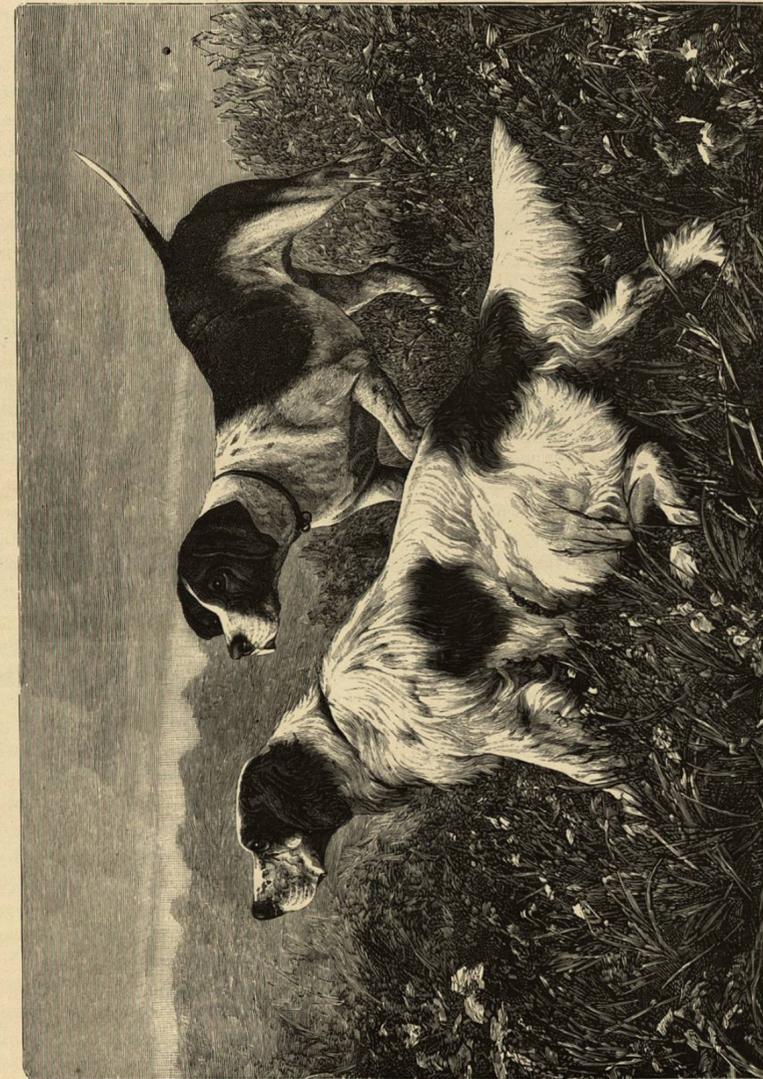
La rabia se manifiesta principalmente en el perro, el lobo, la zorra y el gato, y aun es de presumir que sólo en estos animales aparezca espontáneamente; pero ellos la inoculan por su mordedura á los caballos, asnos y mulos, al ganado vacuno, lanar y cabrío, al cerdo y aun á las aves, además de comunicarla al hombre con frecuencia. La observación y la experiencia autorizan, sin embargo, á creer que solamente la transmiten los animales carnívoros á los omnívoros y herbívoros, no pudiendo estas últimas especies comunicarla á los de la suya propia, ni quizás restituirla á los carnívoros de quienes la recibieron; de donde se sigue que la transmisión llega á perderse ó á dificultarse mucho de unos animales omnívoros ó herbívoros á otros.

La mordedura hecha al hombre por un caballo, un asno ó una vaca rabiosos, ofrece menos probabilidades de inoculación que la producida por un perro, un lobo, una zorra ó un gato; mas, sin embargo, siempre aconseja la prudencia recursos á las debidas precauciones, dado caso que ocurriere.

No está de más advertir, para evitar desgraciados accidentes, que algunas personas han contraído la rabia por dejarse lamer la cara ó las manos por perros ó gatos que la estaban padeciendo, aunque fuera desconocida su existencia, cuando tenían en la piel alguna escoriación ó grieta por donde pudiera inocularse el virus. De aquí resulta el precepto de evitar esas caricias de los animales sujetos á enfermedad tan horrible, por temor de que en cambio de los halagos comuniquen una enfermedad mortal. Téngase presente que un perro puede estar rabioso sin que se hayan manifestado aún las señales que dan á conocer la enfermedad.

También conviene saber que la baba del perro rabioso (y de creer es que suceda otro tanto en los demás animales del género *canis* y en los gatos) conserva su funesta virtud por espacio de 24 horas después de la muerte, y aun parece, si alguna fe se ha de conceder á ciertos ensayos, que la inoculación se ha obtenido alguna vez por medio de la baba desecada.

La rabia, tanto en los animales como en el hombre, tiene un largo período de incubación; de forma que trascurren, por término medio, de 10 á 100 días desde la inoculación del virus rábico, determinada por la mordedura, hasta que la enfermedad se manifiesta. Alguna vez se ha visto extenderse el período de incu-



PERRO SETTER LAVERACK Y POINTER

bación á 170 y 200 días, y aun se citan casos de incubaciones que duraron años.

Deben, por lo tanto, prolongarse los cuidados y precauciones con los animales mordidos por tiempo bastante para ofrecer probabilidades fundadas de preservación, no entregándose precipitadamente á una confianza indiscreta y rodeada de peligros.

Importa, por fin, tener entendido que no es el perro errante y vagabundo el único temible cuando llega á rabiarse, por cuanto es lo más ordinario que huya perseguido hasta que se le mata, sino que lo es también y en sumo grado aquel que se tiene en casa, acariciándole, lavándole esmeradamente y proporcionándole buenos alimentos y regalos.

SEÑALES DE LA RABIA

Puede observarse en el perro el principio de la rabia cuando se mantiene más de lo que acostumbra, á veces muchas horas seguidas, en la cama ó lugar donde se recoge. Entonces no muestra aún inclinación á morder, y hasta obedece al que le manda, si bien suele ser despacio y como de mala gana. Está encogido, como crispado, y suele notarse que oculta mucho la cabeza entre el pecho y las manos; pero no tarda en inquietarse de nuevo, buscando incesantemente otro sitio donde descansar. Hay en su mirada cierta extrañeza como si buscara asustado alguna cosa, y es su actitud sospechosa y sombría, con la que se dirige de un individuo de la casa á otro, mirándolos de hito en hito, con el ojo vivo y brillante, pero fijo, como si á todos pidiera remedio para el malestar que siente. Su mirada particular constituye una de las señales más características y propias de la fisonomía del perro rabioso, descubriéndose en ella cierta mezcla indefinible de excitación y de tristeza. Basta haberla observado una vez para no olvidarla nunca; y aun sin haberla visto, sorprende y alarma por su propia expresión. En esta situación todavía no manifiesta el perro inclinación á morder á sus amos ni á las demás personas que lo rodean: sigue obedeciendo cuando aquél le llama, pero lo hace llevando la cola metida y apretada entre las piernas, y sin dar muestra de alegría, como es natural en los perros sanos.

Cuando está suelto, va de una parte á otra como si buscara una cosa que ha perdido; escudriña y registra los rincones de la casa con una ansiedad notable y sin fijarse en parte alguna; escarba en la tierra, y cuando

hay paja suele formar un hueco para ocultar en él la cabeza.

No siempre huye de la casa en que habita como es la general creencia; permanece muy á menudo quieto en un rincón, y en él morirá infaliblemente sin presentar signo alguno de frenesi, á encontrarse libre de influencias exteriores y de las provocaciones que por lo común se le hacen para juzgar de su estado.

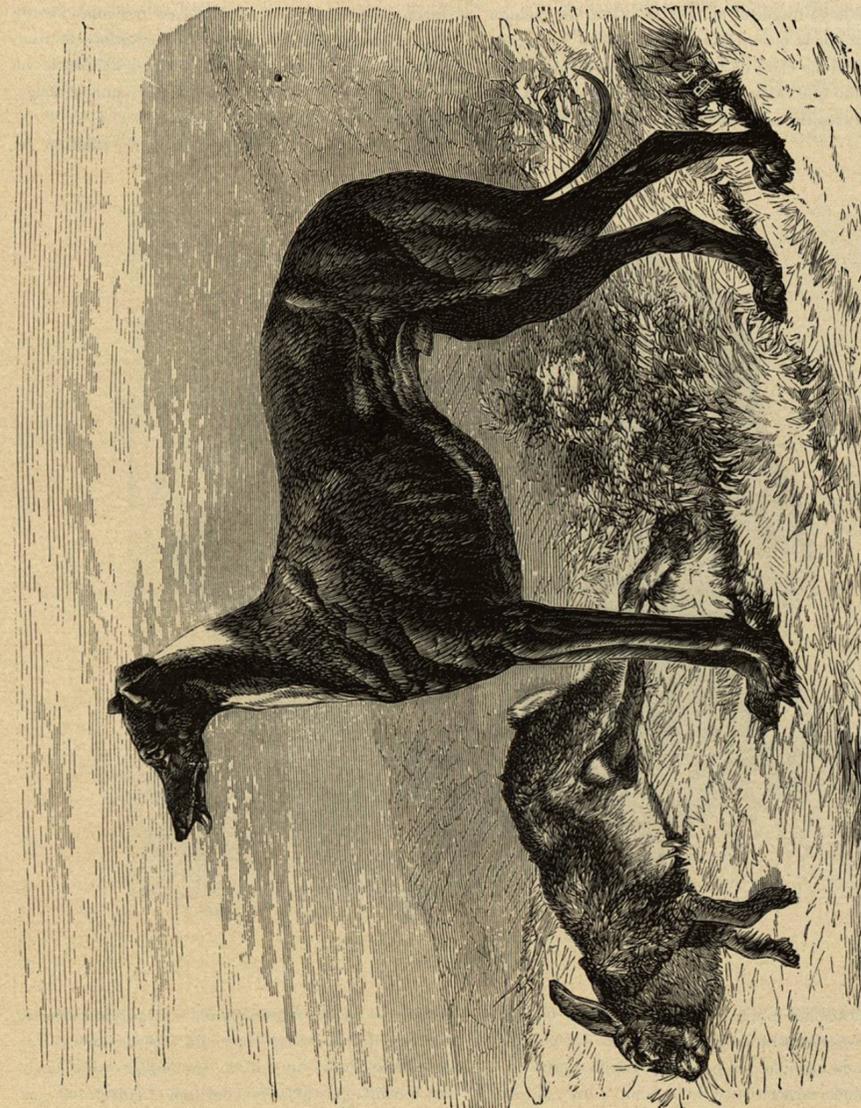
En los cortos momentos que tiene de reposo sufre alucinaciones; ya observa y acecha á la mosca que revolotea, ya parece como si le asediaran molestas visiones. Si está echado, se levanta de pronto; mira á su rededor con expresión salvaje y fiera, y ejecuta con la boca movimientos propios para atrapar un objeto que creyera al alcance de sus dientes. Si se halla atado, ladra, y se abalanza cuanto la cadena ó el cordel lo permiten para salir al encuentro de un enemigo imaginario.

Estas señales se suceden con regularidad cuando el perro es casero, dócil y cariñoso; pero en los de guardería, en los mastines y de presa, en los naturalmente irascibles, de mal genio y peor intención, y en los que son propios para la defensa, es muy común que se presente la rabia bajo un aspecto verdaderamente aterrador, infundiendo el miedo y el espanto. Los ojos del animal centellean como dos globos de fuego, su mirada revela ferocidad, y casi siempre se exalta su furor á la vista de otro perro.

Es un hecho constante la depravación del apetito: el perro rabioso no quiere su alimento de costumbre, ó, al contrario, se abalanza á él y lo come con ansia extraordinaria. Suele roer madera, correas y cuerdas, ó comer pelos, paja, carbón, tierra y otras sustancias: hasta sus mismos excrementos.

En vez de arrojar baba espumosa por el hocico ó la comisura de los labios, tiene, por el contrario, secas la boca y la garganta durante el curso de la enfermedad. Sufre sed intensa é inextinguible, y bebe con ansia mientras no le impide deglutir el líquido la parálisis de que ha de sucumbir. Prueba esto que no hay exactitud en llamar á la rabia *hidrofobia* (horror al agua), por cuanto este fenómeno sólo existe en el último período del mal. Indicándole algunos como señal constante y característica, han propagado un error funesto que conviene desvanecer, en razón á que su falta puede inspirar una deplorable confianza.

En este período de la enfermedad se ve al perro dirigir sus manos hacia la garganta y moverlas como si pretendiera desembarazarse de algún hueso ú otro cuerpo extraño que estuviera allí detenido. Más de



Lebrel